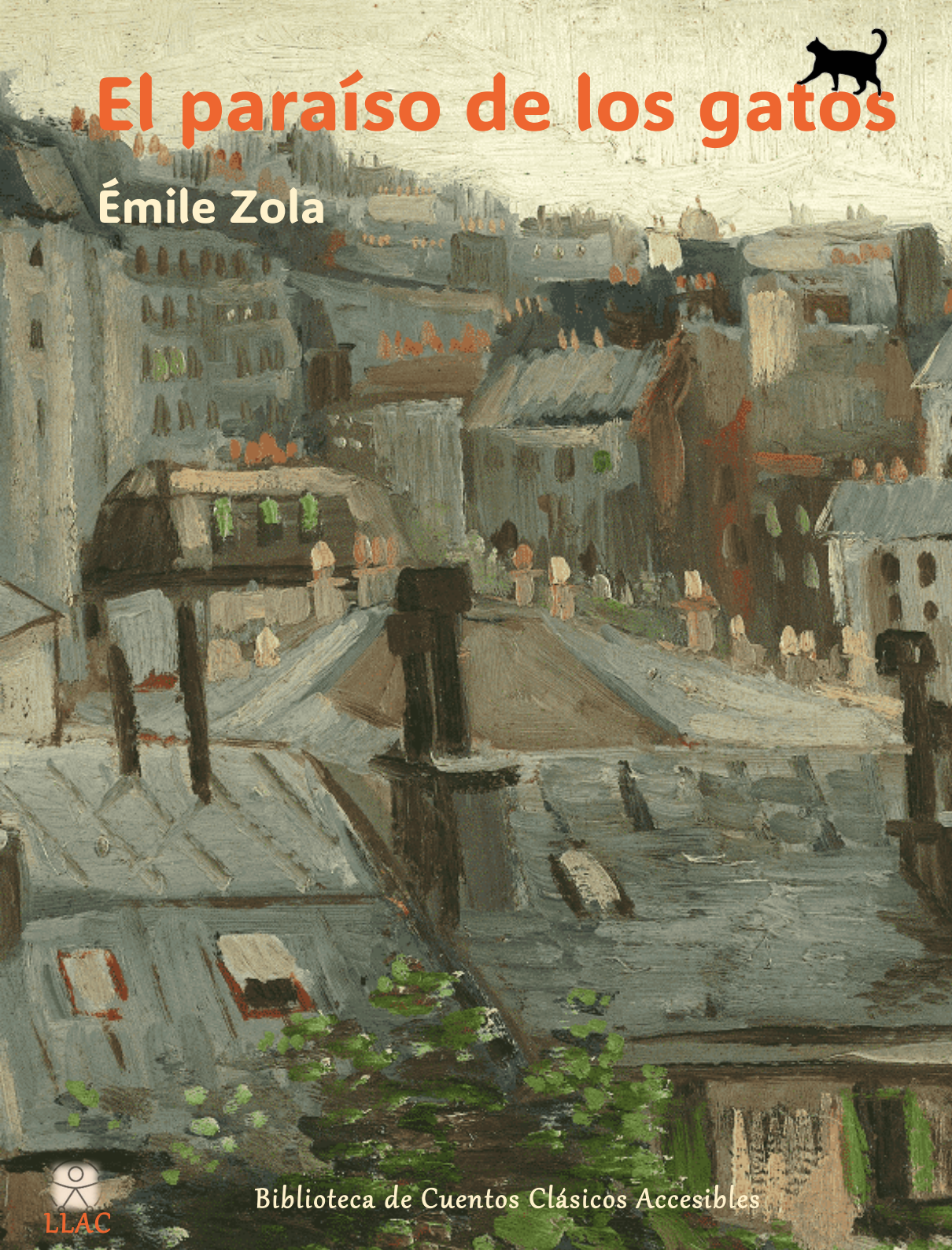


El paraíso de los gatos



Émile Zola



Biblioteca de Cuentos Clásicos Accesibles

El paraíso de los gatos

Émile Zola, «Le paradis des chats», 1874.

Adaptación colaborativa y edición:

Laboratorio de Lenguaje Accesible (LLAC),
Caldelas de Tui, 2024. Web: claroyfacil.es.

Lectoras: Lucía Casado, Rosa González,
Ana Belén Luis y Alexander Rodríguez.

Mediadora: Lucía Casado.

Validador: Leo González.

Coordinadora: Cristina Sola.

Cubierta:

Vincent van Gogh, *Vista de los tejados de París*, 1886.

Licencia:

Esta adaptación es para todo el mundo:
no se puede comerciar con ella.

Si usas algún fragmento, debes citar al autor.

Émile Zola

El paraíso de los gatos

LLAC

Caldelas de Tui, 2024



Jean-Jacques Bachelier, *Gato de Angora*, hacia 1760.

Introducción

Una tía me dejó en herencia un gato de Angora
que es el animal más estúpido que conozco.

Esto es lo que mi gato me contó
una tarde de invierno
frente a la estufa...

1

Yo tenía entonces dos años
y era el gato más gordo y más bobo del mundo.

A esa edad aún tenía la chulería del animal
que desprecia la comodidad del hogar.
Pero debía agradecer al destino
que me hubiese llevado a casa de tu tía,
porque la buena mujer me adoraba.

En el fondo de un armario
tenía un dormitorio de verdad,
con un cojín de plumas y un edredón.
La comida era tan buena como la cama:
ni pan ni sopa, solo carne, rica carne cruda.

Pues a pesar de llevar una vida tan cómoda,
yo solo tenía un deseo, un sueño:
salir por la ventana y escapar por los tejados.

Las caricias no tenían gracia,
la suavidad de mi cama me daba asco,
igual que mi gordura,
y tanta felicidad todo el día me aburría.

Una vez estiré el cuello y vi desde la ventana
el tejado de enfrente,
donde se estaban peleando unos gatos
con los pelos de punta y la cola en alto.
Rodaban sobre el tejado bajo el sol brillante
lanzando gritos de alegría.
Nunca había visto algo tan extraordinario.

En ese momento me convencí
de que la verdadera felicidad estaba en el tejado,
tras la ventana cerrada.

Debía ser así, porque también cerraban con cuidado
la puerta del armario donde escondían la carne.

¡Pero en la vida tenía que haber algo más
que carne cruda!

Y decidí escaparme.

Me atraía lo desconocido,
imaginaba que la vida al otro lado de la ventana
debía ser maravillosa.

Un día se olvidaron de cerrar la ventana de la cocina
y salté a un pequeño tejado que había debajo.



Francisco de Goya, *Riña de gatos*, 1786.

2

¡Qué bonitos eran los tejados!
En el borde tenían anchos **canalones**
llenos de aromas deliciosos;
al caminar por ellos mis patas se hundieron
en un barro fino, suave y cálido:
era como caminar sobre terciopelo.

Hacía calor, un calor que me derretía la grasa.
Pero la verdad es que estaba temblando,
porque, en medio de mi alegría,
también tenía miedo.

Casi me caigo a la calle de la impresión
al ver aparecer a tres gatos que venían hacia mí
desde otro tejado maullando muy fuerte.

Me llamaron gordo
y dijeron que maullaban para divertirse.
Entonces me puse a maullar con ellos.
Fue muy divertido.

Aquellos gatazos no tenían mi estúpida gordura
y se burlaron de mí cuando rodé como una pelota
sobre las **placas de cinc** calentadas por el sol.

Un viejo gato de la pandilla se encariñó conmigo
y se ofreció a educarme,
cosa que acepté agradecido.

¡Ah, qué lejos quedaban la carne cruda y el cojín!
Ahora bebía el agua de los canalones
como si fuera la más dulce leche
y todo me parecía bueno y hermoso.

De pronto apareció una gata.
Era encantadora,
y una emoción desconocida se apoderó de mí.

Hasta entonces solo había visto en sueños
a estas maravillosas criaturas
de lomos adorables y flexibles.

Mis compañeros y yo fuimos hacia la recién llegada.
Yo me adelanté a los demás para saludarla
y entonces uno de los gatos
me mordió en el cuello con crueldad.
Grité de dolor.

—¡Déjalo! —me dijo el viejo gato, apartándome—.
Ya verás a muchas otras.



Edouard Manet, *Cita*, 1868.

3

El viejo gato y yo vagamos por los tejados
y empecé a sentir mucha hambre.

—¿Qué se come en los tejados? —pregunté.

—Lo que encontremos —respondió el viejo gato.

Me sentí avergonzado,
pues, por mucho que buscaba,
no encontraba nada de comer.

Entonces vi por la ventana de una buhardilla
a una joven obrera
que estaba preparando la comida.

Sobre la mesa, junto a la ventana,
había una hermosa chuleta
de un color rojo apetitoso.

«Eso es para mí», pensé con ingenuidad.
Salté sobre la mesa y cogí la chuleta,
pero, al verme, la chica me pegó con la escoba.
Dejé caer la carne y hui gritando una maldición.

—Pero ¿de dónde sales? —dijo el viejo gato—.
La carne que está en las mesas solo se puede mirar.
Tienes que buscar la comida en los canalones.

—¡Yo siempre pensé que la comida de las cocinas
era para los gatos!



Clara Peeters, *Bodegón con pescado y gato*, 1620.

Me sentía hambriento y mi estómago protestaba,
pero mi compañero me dijo, muy tranquilo:

—Tienes que esperar hasta la noche.
Entonces bajaremos a la calle
y buscaremos en la basura.

Me sentí débil solo de pensar
que estaría tanto rato sin comer.

4

La noche llegó despacio
con una fría niebla que me congeló.
Empezó a caer una lluvia fina.
Salimos a la calle por la ventana de una escalera.

¡Qué fea me pareció la calle!
Ya no había ese calorcito, esos tejados
llenos de luz donde nos revolcábamos
con placer...
Mis patas resbalaban en los adoquines
y me acordé de mi blando cojín.

Al llegar a la calle el viejo gato empezó a temblar,
se encogió y me dijo que lo siguiera
lo más rápido posible.

Se escabulló corriendo por las calles
hasta que llegó a un portal abierto
y se refugió allí con un ronroneo de satisfacción.
Le pregunté por qué había salido corriendo
y me dijo:

—¿Has visto a ese hombre que llevaba un cesto
y un gancho?

—Sí.

—Pues, si nos hubiera visto,
nos habría comido asados.

—¡Nos habría comido asados! —exclamé—.
Pero ¿es que la calle no es nuestra?
¡No comemos y encima nos comen!



Henri Meyer, *Los chiffoniers de París*, 1880 (detalle).

5

Ya habían **echado la basura a la calle**
y busqué en los montones con desesperación,
pero solo encontré dos o tres huesos pequeños.
Y me acordé de lo rico que estaba el **bofe crudo**.

Mi amigo escarbaba en la basura como un artista.
Me tuvo hasta el amanecer yendo de aquí para allá
y estuve casi diez horas bajo la lluvia, tiritando.

¡Maldita calle, maldita libertad!

¡Cómo echaba de menos mi prisión!

Al amanecer, el viejo gato vio que me derrumbaba
y me preguntó con una expresión extraña:

—¿Has tenido suficiente?

—¡Desde luego! —respondí.

—¿Quieres volver a casa?

—Claro que quiero, pero ¿cómo la encontraré?

El honrado y viejo gato me dijo entonces:

—Sé dónde vives, te llevaré a tu casa.

Esta mañana, al verte salir,
entendí que un gato gordo como tú
no está hecho para los duros placeres de la libertad.

Al llegar a casa me dijo «adiós»
sin mostrar ninguna emoción.

—¡No! —grité—. No podemos separarnos así,
tú te vienes conmigo.

Compartiremos la cama y la carne.

Mi ama es una buena mujer...

—¡Calla! —me interrumpió—. Eres un tonto.

Yo me moriría en tu blando cojín.

Tu vida lujosa es buena para los gatos **bastardos**.

Pero los gatos libres nunca aceptarán tus lujos
si tienen que vivir en una prisión.

Adiós.

Y se fue por los tejados.

Vi su delgada figura que temblaba de placer
con las primeras caricias del sol de la mañana.



Théophile Steinlen, *La apoteosis de los gatos*, 1885.

Cuando llegué a casa tu tía me azotó con el *martinet* y disfruté del placer de estar caliente y recibir azotes mientras me relamía pensando en la carne que me daría después.

Final

«Ya ves, mi querido amo —dijo mi gato
estirándose frente a la estufa—,
la verdadera felicidad, el paraíso,
es que te encierren y te azoten
en una habitación donde hay carne...

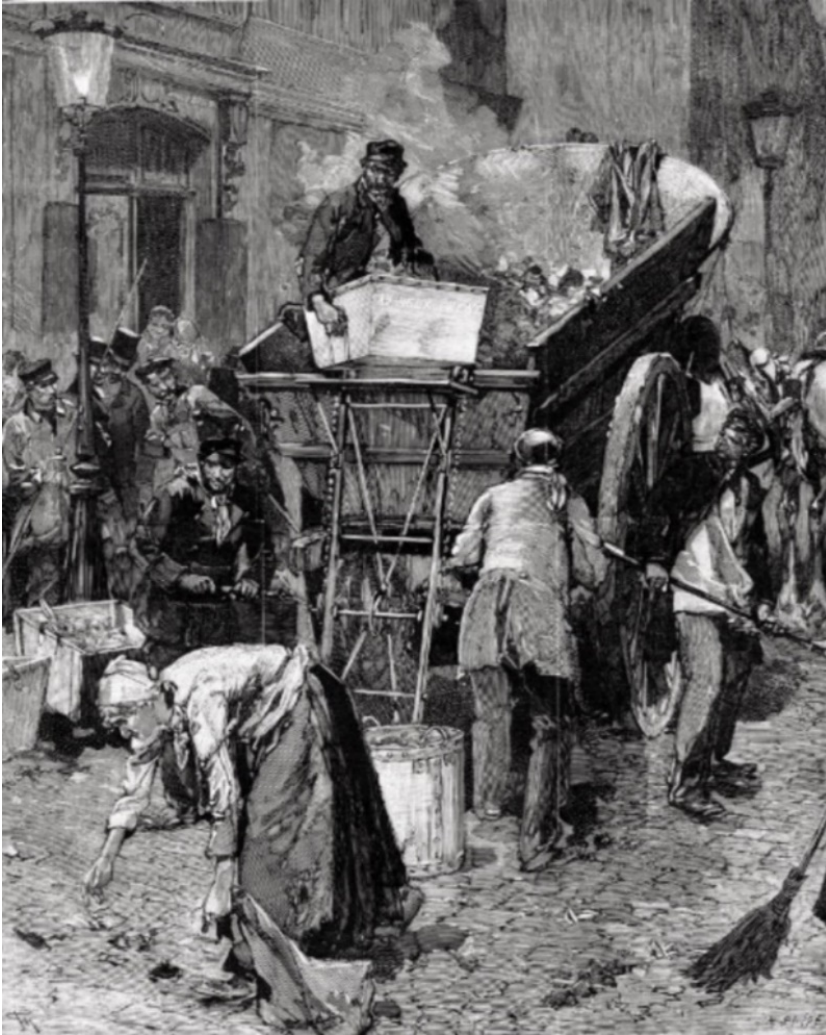
¡Estoy hablando de los gatos, claro!».

Contexto

Bastardo: Quiere decir que no es un auténtico gato, sino un gato domesticado que ha perdido el instinto.

Basura: En París se tiraba la basura a la calle hasta que en 1884 Eugène Poubelle, gobernador de la región del Sena, obligó a los propietarios de los edificios a poner tres cubos de madera para echar la basura. Uno para las cenizas de las estufas de carbón y la basura orgánica, otro para papel y textil y otro para loza y conchas.

Por eso los contenedores de basura se llaman en Francia *poubelles*.



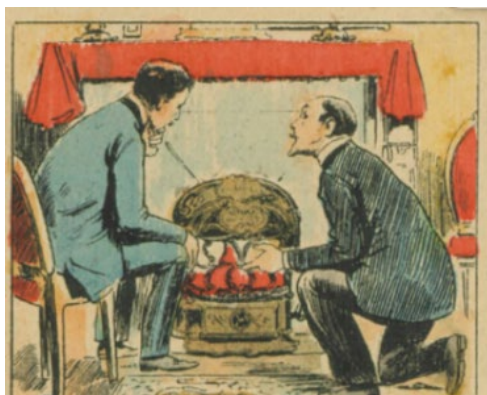
Anónimo, «El nuevo carro de basura de la calle Cherche-Midi en París», en *Le Monde Illustré*, 26 de enero de 1884.

Carne cruda: Aquí se refiere a pulmón de vaca o bofe, que solía darse crudo a los gatos domésticos.

Canalones: Son desagües que se colocan en el borde de los tejados y sirven para recoger y expulsar las aguas de lluvia.



Estufa: En el París de aquella época solo la gente con dinero tenía chimeneas de leña. El resto calentaba las casas con estufas de carbón.



Anuncios de una marca de estufas de carbón, 1895.



Hombre con un cesto y un gancho: Es un *chiffonier*.

En español se llama «trapero».

Los *chiffoniers* de París llevaban un cesto a la espalda o una carretilla, una linterna o farolillo y un gancho para escarbar y recoger las cosas.

Tenían mala fama porque trabajaban de noche, hurgando en la basura, y se enfadaron cuando se empezó a echar la basura en contenedores cerrados.

El trabajo de los *chiffoniers* era muy necesario, pues reciclaban casi todo: papel, tela, vidrio, huesos, metal, corcho o madera.

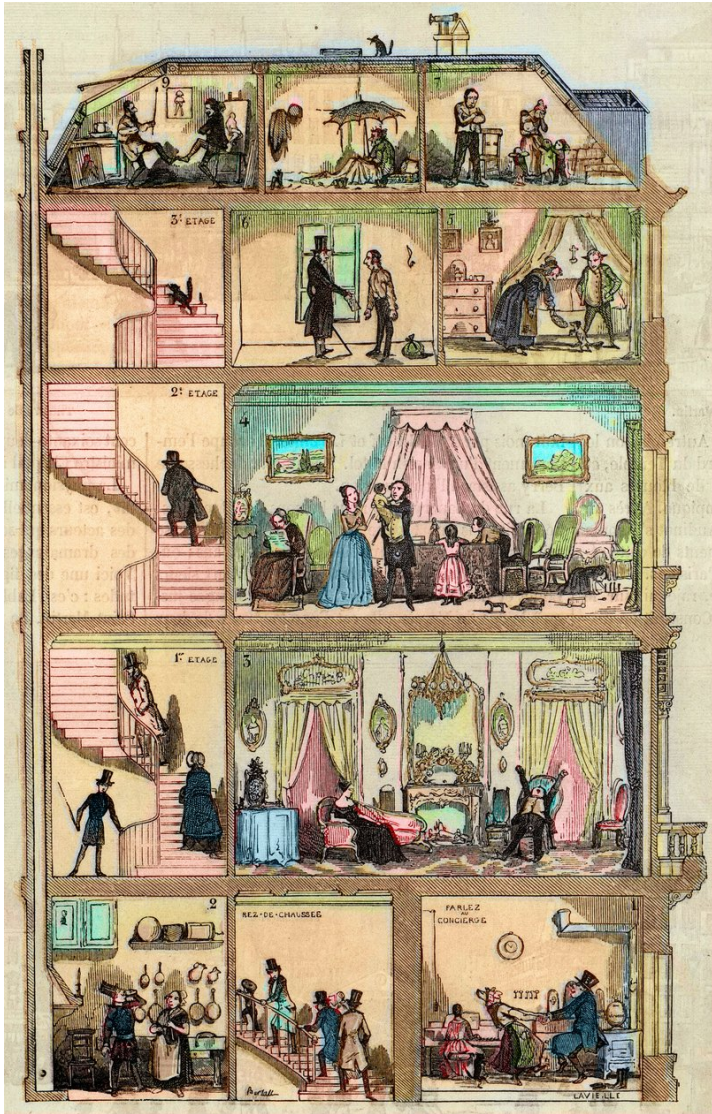
También pieles de animales pequeños, como conejos... ¡Por eso huye el viejo gato!



Henri Meyer, *Los chiffonniers de París*, 1886.



Frédéric de Haenen, *Los chiffoniers en su casa*, 1884.



Edmond Texier, *Cuadro de París*, 1852.

Joven obrera: En aquella época, la gente más pobre vivía en los pisos más altos, las buhardillas, como se ve en la ilustración de la página 37.

Martinet: El *martinet* es un látigo pequeño con mango y tiras de cuero que se puso de moda en Francia en el siglo 19 para castigar a los niños.



Jean-Baptiste Le Prince,
La maestra de escuela, 1789.



Camille Pissarro, *Avenida de la Ópera*, 1898.

Tejados de cinc: A mediados del siglo 19 se colocaron placas de cinc en los tejados porque era un material barato y fácil de instalar. La mayor parte de los tejados de París son grises porque están hechos de cinc.



Vincent van Gogh, *Vista de los tejados de París*, 1886.

